Entrevista completa sobre la novela *Las Brigadas Prosublime* (Sloper, 2015), realizada por correo el 28 de mayo de 2015. Algunos fragmentos se publicaron en Europa Press. Entrevistador: Eduardo Blanco.

-- ¿Cómo un jurista que investiga temas sobre crimen organizado en México se lanza a escribir una novela distópica?

Bueno, la novela es anterior a mi vida en México. El planteamiento sería más bien cómo un escritor acaba como jurista al otro lado del Atlántico. La escritura de las Brigadas comenzó hace años, por 2008, en un período en el que había dejado mi doctorado, el Derecho me parecía hecho de alcanfor y miraba con desprecio el Periodismo, por lo que yo mismo me abocaba a no saber qué hacer con mi vida. Años después, bastante más reconciliado con el Derecho, retomé el doctorado, y surgió la oportunidad de venir a México, y establecerme aquí. En ese momento, revisé la novela y rehíce algunas cosas.

Pero quizá tú preguntas por los puentes entre la novela y la labor académica. Puedo decirte que siempre me interesó la naturaleza de la violencia, sobre todo del terrorismo. De hecho, un texto en el que teorizo sobre algunas cosas que están en las Brigadas es un *paper* que escribí sobre el caso Breivik como paradigma de una nueva violencia política en Europa. Ahora que lo pienso, ese artículo sobre el terrorista noruego podría haber ido de anexo a la novela. También reconozco que si Balzac escribía con el Código Civil bajo la almohada, yo en esta novela lo he hecho con el Código Penal, es decir, la sequedad del lenguaje jurídico ayuda a corroer el estilo, lo que deja mejores párrafos.

Ahora, a posteriori, también pienso en Calígula y sí encaja con algunas maneras como se ha representado el poder en México. Por ejemplo, la mutación del PRI tras el 2000 es bastante caligulense. Pero todo esto son pensamientos independientes a cuando concebí y desarrollé la novela.

--Habitualmente, las novelas de futuro apocalíptico no van tan lejos en las fechas como en tu novela (siglo XXX). ¿Qué te ha llevado a situar en ese siglo tu obra? ¿Quizás mayor margen para fabular sobre ese futuro?

Sí, la idea de un mayor margen para fabular es perfecta, la asumo. También hay algo de simetría, con el siglo XX como un centro que se despliega de igual manera hasta el pasado del siglo X y el futuro del XXX. Pienso en el siglo X y cómo, por ejemplo, las

polémicas religiosas o las ideas jurídicas mutaron, pero siguen encerradas, como parte del esqueleto de nuestra cultura. Pero además, el siglo XX es, sobre todo, un siglo al que quería hablar, también con el que quería polemizar. Puesto que es nuestro presente, es la bisagra para entender la manera en que las ideologías o los movimientos actuales cambiarán. A la novela la recorre la idea de atizar conceptos, poner del revés presunciones y hacerlas caminar así, con el rostro vuelto hacia atrás, como algunos castigados en el infierno.

--La contraportada menciona nombres como Lem o Voltaire, pero a mí me resulta imposible no leer 'Las Brigadas Prosublime' y recordar a Kafka y novelas como 'El castillo' o 'El proceso'...Ese ambiente opresor con un protagonista en un escenario desconocido. ¿Estás de acuerdo?

Sí, claro. Kafka es como un ventrílocuo y todos los escritores somos sus muñecos. Es muy difícil que Kafka no hable por nosotros cuando hablamos del poder. Él intuyó cierta esencia, porque escribió viendo cómo funcionaba el Estado y el capitalismo en su franja de tiempo, sin que le hiciera falta vivir fenómenos extremos como el Lager nazi o el gulag soviético, que ocurrieron después de su muerte. Pero aludir a Kafka de manera tan clara en una contraportada encasilla demasiado rápido. Entonces, las alusiones a Voltaire o a Lem son un intento de enganchar al lector evitando eso. También es más sencillo que remitir a autores como los Jack London de "Asesinatos S.L.", Ismail Kadaré de "Spiritus" o Leonardo Sciascia de "El contexto". Por no decirte que, si en la contraportada hubiera impuesto señalar que con las Brigadas quería novelar lo que Carl Schmitt postuló en sus ensayos, mejor habría sido autoeditarme y proclamar la buena nueva de mi novela semidesnudo y en el metro. Hay que hacer algunas concesiones.

--Hoy en día... ¿Existe esa necesidad de ser sublime sin interrupción?

Eso es como preguntar qué pasaría si hoy en día alguien como Baudelaire enunciara esa frase y quisiera seguirla a rajatabla, ¿no? El problema es que hay algo de turbiedad en esa proclama, y lo sublime, como mínimo desde Edmund Burke, tiene algo de oscuridad que te engulle. Mira, la idea de unas Brigadas Prosublime surge de una descripción que hace, creo, Walter Benjamin sobre Baudelaire rondando entre las barricadas de la Comuna de París. Creo que la manera en que los poetas se acercan a la política es difícil

y casi siempre acaban subyugados por una sublimidad superior a la literaria, que es la del ejercicio del poder. Pero bueno, a mí me interesaba tomar la palabra a Baudelaire y me planteé cómo podría ser una organización que pusiera en práctica lo que él decía. Unos jueces y verdugos de lo banal. Algo que, de hecho, también me aplacase como individuo abrasado por ideas estúpidas de cómo debería ser reconocido como escritor. Entonces, volviendo a tu pregunta, la necesidad de ser sublime, o dicho de otra manera, la pasión por lo absoluto, existe todavía. A escala individual, lo aplaudo, siempre que se sepa reconducir esa lava, ya que si no se hace el desastre está asegurado. Pero lo temible es cualquier proceso colectivo que hable en términos de sublimidad. De esos hay muchos y hay que ir contra ellos, sin excusas.

--Y por el otro lado, está la figura de Calígula. Aquí si tengo una idea clara de si existe hoy, pero ¿quién sería en España?

Creo que salvo en los casos de ocupación de un territorio por tropas extranjeras, en cualquier sistema político, sea democrático o autoritario, hay una continuidad irrompible entre gobernantes y gobernados. Así que cada sociedad debería traducir a su Calígula y el de la novela poco tiene que ver con uno que viviera en la España actual. Creo que el Calígula español debería ser algo más chusco que el de la novela o el de Camus. Sería bastante cutre, pero poderoso; objeto de muchas burlas, pero se le votaría elección tras elección, como si en el último minuto hiciera un truco con sus mismas manos sucias y dijera algo mágico con su misma boca fea.

--¿Tienes la sensación de que hay un renacer de las ideologías o, por el contrario, los jóvenes de ahora las tienen un poco abandonadas y se mueven más por aquellas cosas que les pueden identificar con sus dirigentes (clase social, oportunidades de trabajo...)?

Las ideologías nunca se fueron, aunque quizá las bocas que las decían guardaron silencio. Puede que la manera en que se ha conducido históricamente la implementación de algunas ideas políticas haya inhibido, tras el fracaso de grandes proyectos, la ejecución de lo que tenemos en nuestras cabezas. Según esto que te digo, es indudable que todos filosofamos y tenemos nuestra cosmovisión, una manera en que creemos que debemos organizarnos políticamente y demás. Pero hay coyunturas que facilitan que eso

se explicite, tal vez de ahí venga la sensación de renacer de las ideologías de la que hablas. Por ejemplo, los períodos de crisis son ideales para manifestarlas. Intentos de reordenación de la sociedad y las fronteras tan potentes como el del Estado Islámico o cambios de paradigmas políticos como las acampadas en plazas, de las más festivamente irrelevantes a las que tumban una idea de Europa, como el Euromaidán ucraniano, son algunos ejemplos de que volvemos a los mismos temas, aunque ya no podemos plantearlos igual.

--Los escritores no salen muy bien parados, empezando por la vuelta a la oralidad. Además, está el retrato de un Vila-Matas enajenado... ¿Por qué este pesimismo respecto al futuro de la escritura?

Bueno, un Vila-Matas con cien años y que aún declama sus textos no está enajenado y el problema pasa a ser de quien decide meterlo en un manicomio. En realidad, lo que tú detectas como un pesimismo frente a la escritura es, creo yo, un escepticismo sobre la literatura. Como habrás visto, la novela tiene bastante de artefacto, porque pienso que hay que seguir escribiendo, eso seguro, pero lo que no tengo tan claro es que la novela tenga que ser la culminación de todo escritor. Esta es una idea compartida por mucha gente, vivos y muertos, la de que los géneros, cuando son jaulas de hierro, marchitan. La novela es una forma, entre otras, de comprender lo que te rodea a través de la escritura. Pero esa búsqueda se da por tierra, mar y aire. En la novela aludo a muchas ideas filosófico jurídicas, y en un libro que por casualidad publiqué la misma semana de las Brigadas, sobre crímenes de lesa humanidad y crimen organizado en México, aludo a Jonathan Swift o a Nicanor Parra. Entonces, mi idea como escritor es la de ir del ensayo a la novela, de la monografía o cualquier texto científico, al panfleto o a la crónica. En ese intento por usar los géneros se deja un rastro evidente, como las latas en la cola del perro; por ejemplo, en las Brigadas muchos verán un exceso de discursos, o en un artículo científico sobre justicia transicional demasiadas metáforas. Pero eso me da lo mismo, porque esos textos se enmarcan en un proyecto mayor.

--Por cierto, esa portada con Baudelaire y unas gafas supersónicas, ¿es decisión tuya o de Román?

De Román. Mis ideas sobre la portada eran muy descabelladas. Mi primera intención, por ejemplo, era "Los proverbios flamencos", de Pieter Brueghel. Algo decididamente moralizante. Pero él adujo, seguro que con razón porque mi esposa pensaba lo mismo, que esa imagen no tenía nada que ver con la novela. Al menos coincidíamos en la reivindicación de Baudelaire, así que primó una imagen del poeta. Supongo que encasquetarle un símbolo del futuro era natural y las gafas "a lo Cíclope de X-Men", como dice Román, podían encajar, porque para Scott Summers mirar y matar es lo mismo.

--La última, que vuelve al principio. Esos casos que investigas, ¿pueden ser un buen argumento para tu próxima novela, si es que has salido contento de esta primera experiencia?

El México actual es un argumento para escribir cualquier cosa, desde un folletín hasta una nota necrológica. Escribo con frecuencia sobre lo que está pasando, pero en géneros relacionados de manera distinta con la verdad, como el análisis periodístico o el ensayo. Si me plantease una novela sobre México tendría que partir de un marco que destrozara todos los malentendidos sobre el país, porque la mayoría de lo que se escribe sobre la violencia y la relación entre crimen organizado y estado no me satisface, es muy fantasioso. Pero lo malo de haber investigado tanto sobre esto, y desde una perspectiva tan distinta a la literaria, es el peligro de que al tratarlo podría salirme una vena demasiado didáctica, que dividiría cada afirmación entre fomentadora de la falsedad o clave para comprender el surrealismo trágico mexicano. Además, no quiero olvidarme de otros lugares, como Berlín o Rumanía, en los que he vivido y sobre los que quiero escribir antes de que pase el tiempo. Aun así, intentarlo con México tendría premio. Sería una manera de entender mi condición de español acá, en esta realidad paralela.